

cero; esto me empalaga. ¿La razón? No me la preguntéis, os digo, porque la ignoro.

Cuando regresamos á nuestro hotel encontré algunas amables invitaciones, una, entre ellas, del señor general Fr., tan conocido en la sociedad elegante de México; pero ¡ay! tenía tanto cansancio en los pies, tanto grillo en la cabeza y tan poco inglés en la punta de la lengua, que . . . aprovecho esta oportunidad para darle las más rendidas gracias.



LA VITA BUONA

El propósito ¿no lo he dicho ya? es consignar, en rápidas noticias, mis sensaciones causadas únicamente por el aspecto exterior de las cosas en este país interminable. A lo demás renuncio, no me meteré en honduras; acaso más tarde—¡oh! nada vale tanto la pena como este estudio para nosotros los mexicanos!—acaso más tarde me sea dado intentar, después de un nuevo viaje algo lento, penetrar en busca del alma del coloso más allá de las facciones y de la epidermis. Ahora no; ahora me paso el tiempo queriendo entender lo que anuncian los conductores de los wagones del *elevado* cada vez que va á hacer alto el tren, es decir, cada tres minutos, y nunca logro entenderlos, con la agravante de que sé lo que van á pronunciar.

Lo que es para mí tentación suprema, es ver las escuelas. Un día que iba solo rumbo al *Central-Park*, muy temprano, me colé en una. ¡Cuánto bueno entreví en cinco minutos! El edificio me pareció muy pintoresco, pero muy alto; en estas elevadísimas y graciosas torrecillas espía á los niños el duende feroz del incendio; es verdad que todo está previsto, escaleras de

fierro bien aisladas que sirven unas para que los alumnos suban y para que bajen, otras; por donde quiera, en los pasillos, bocas de agua listas, con sus servicios de mangas, etc.; sin embargo, el pánico echa por tierra todas las precauciones. Aquí en la escuela primaria superior ó *high school*, lo mismo que en el *kindergarten* (esa deliciosa institución frebeliana por la que tienen pasión aquí y que entre nosotros apenas ha podido prosperar, por la viejísima preocupación del alfabeto y los palotes) y en toda la enseñanza, como en la sociedad entera, predomina, reina, triunfa la mujer. Esta es una escuela mixta, y aunque la coeducación no sea tan absoluta como creemos, pues muchachos y muchachas juegan y salen aparte, el hecho es que existe sin inconvenientes. ¡Ay del rapaz que faltara al respeto á una *girl!* sus compañeros se encargarían del castigo. Dirección y profesorado aquí son femeninos; las mujeres obtienen diez veces más que los hombres, en cuanto á aplicación y disciplina.

La sala de asamblea, como aquí llaman al aula, es capaz de contener mucha gente; es un gran espacio dividido por tabiques de madera, que se doblan y desaparecen; sirve, pues, para clases y para reuniones; en el fondo el estrado y el magnífico órgano. Lo que encanta es el aseo, la elegancia, el confort; aquí no hay pupitres para dos personas siquiera; cada alumno tiene su silla, con un brazo movable á la derecha, que es también mesa y atril. Todo esto me daba envidia. ¡Figúrense mis lectores que en la gran escuela (?) en que yo sirvo como profesor y donde se han gastado considerable número de millares de pesos en los últimos años, son contadas las clases en que los alumnos pueden estar bien sentados, y no hay una en que puedan tomar notas, como no sea sobre sus rodillas! Parece mentira.

Decía yo que las mujeres son aquí las reinas; los reyes son los niños; salen en bandadas risueñas y se derraman por las aceras, los parques, los terrenos sin edificios, y en todas partes son los dueños. Ví en la *Quinta Avenida*, cierta ocasión, una lucha épica entre un enjambre de estos blondos y colorados saltabardales y el guardián de un jardincillo de una casa suntuosa, que

no quería dejar penetrar á los invasores. No pude ver el resultado de esta campaña; pero el hombre estaba desesperado. Lo que á estos diabletes encanta y fascina es el *sport* atlético en todas sus formas; en cuanto pueden, saltan los maderos de un terreno cercado y ahondado para la parte subterránea del futuro edificio, é improvisan un partido de *foot-ball*, en que se golpean, se arrastran, se magullan y hasta suelen ensangrentarse con tanto encarnizamiento como en los duelos homéricos anuales, entre los alumnos atletas de las grandes universidades del Massachusetts. Los combates entre los Fitz-Simons, los Sullivans, etc., apasionan tanto aquí á los niños, como á las mujeres y los viejos. En N. Orleans y en Atlanta observaba yo el ademán estático de los chicuelos y de las misses ante los retratos de los púgiles que iban á disputarse el campeonato del mundo; así debían de haber mirado los helenos de Elea la estatua de Korebos, el primer triunfador en los juegos olímpicos.

*

Es difícil ir á comer á las siete de la noche, no digo en el suntuosísimo restaurant del Waldorf, que es un jardín de oro, seda, plantas exóticas y espaldas desnudas más ó menos bien *satina-das*, ó en el elegante y aristocrático del Brunswick-hotel, ó en el espléndido Delmónico—en donde se come el mejor *camembert* del nuevo mundo,—sino en otros de segundo orden, sin vestir el uniforme nocturno de la cultura humana: frac, corbata blanca y, aquí, una opulenta crisantema en el ojal. En cambio al teatro nadie va, sino en traje de calle, como no sea á la ópera, que aun no comenzaba cuando estuve allí.

Mis compañeros y yo nos pasábamos la primera mitad de la noche en los teatros; para un mexicano todo en ellos es extraño: la distribución que es una mezcla de circo y teatro, la comodidad que allí generalmente es refinada y aquí no existe, el decorado, allí compuesto de telas más ó menos lujosas, lo que es absolutamente diverso del semi-decorado de nuestras escuetas salas del Nacional, Principal, etc., y, por último, el espectáculo.

Mi impresión es esta; toda pieza representada en los teatros americanos necesita dos cosas para tener buen éxito: 1º una dosis considerable de clownismo; 2º una tercera parte, por lo menos, de cirquismo; lo demás puede ser lírico, dramático ó nada de esto; con los primeros elementos basta.

¡Oh! sí, *las tandas*, como por acá decimos, triunfan en New-York y en toda la Unión, como es de suponerse. Una tanda empieza en *Proctor*, v. g., á las tres de la tarde y acaba á las seis, otra acaba á las nueve y á las doce la tercera. La diversión se compone, invariablemente, de canciones negro-yankees, yankees sobre aires de valeses ó polkas á la moda, como el eterno *after the ball*, francesas, irlandesas, etc.; conciertos musicales, es decir, piezas de música tocadas por un señor y su simpática familia, en vasijas de cocina como cacerolas y cafeteras; saine-tes rudimentarios y jocosos representados por otra familia más simpática que la anterior, compuesta de un elefante padre, dos elefantes madres y tres niños, igualmente elefantes. Los elefantes son edificios de piel de rata arrugada y colgante, que hacen cosas indeciblemente chistosas, con una cara absolutamente seria, lo que las hace más chistosas todavía; son de esos graciosos que los franceses llaman *pince-sans-rire*. Admirables; lo que más admiré en ellos es la elegancia con que trabajan en bicicleta; yo que adoro este *sport*, como adoro todo lo que no puedo ser ni hacer, al ver á uno de estos amables paquidermos describir sobre el escenario irreprochables curvas y pedalear rápidamente, concebí la tímida esperanza de acompañar un día á Rafael Rebo-llar, ciclista convicto y confeso, en sus excursiones de veintitrés kilómetros por hora.

Otras exhibiciones del mismo género zoológico, cuatro ó cinco pantomimas, nueve ó diez hércules y cuatro ó seis prestidigitadores, cierran este artístico espectáculo. ¡Oh! el arte, el arte! Ciertamente, esto no es ni Hamlet ni la Valkiria, y suele perderse aquí el recuerdo de Sarah Bernhardt y de Coquelin, de Dumás y de Ibsen; pero el arte es relativo también; hay arte y arte: yo me divertí; es una diversión que no llega al cerebro ni al

corazón. ¡Oh! esto la hace deliciosa; es una diversión epidérmica; la emoción y la inteligencia duermen. Verdad es que se siente uno ligeramente idiota delante de esos pobres elefantes que han necesitado más esfuerzo para escribir 25 en un pizarrón con la trompa, que Newton para descubrir la gravitación universal; pero esto es bueno para rebajar el orgullo humano.

¿Sin emoción? No enteramente; una cosa me conmovió: oír á Mlle. Polaire, una estrella de las *Folies-Bergère* de París, sus cancioncillas picarescas y militarunas, remedando las trompetas y los pasos marciales, con su vocecilla y sus piernecillas delgadas que hacía subir á las notas más altas, todo ello delante de un auditorio espeso, frío como una banquisa polar, silencioso como un domingo protestante, compuesto de hombres y mujeres que, evidentemente, se creían robados por la pobre alondra parisiense que no acertaba á extraer un solo rayo de luz de los charcos de agua azulosa dormida en las pupilas de aquellos hijos de la cerveza y de la Biblia. Uno que otro *snoob* bosquejaba un aplauso que se apagaba en el ambiente glacial de donde emergían doscientas ó trescientas cabezas atónitas que se volvían hacia el manifestante con una expresión profundamente aburrida y venerablemente estúpida. Pobre Polaire; si con mensajeros de su ralea cuenta Francia para sostener en la América Sajona su influencia artística, gran chasco va á llevar. Para estas gentes no hay medias tintas como esta semi-bailarina de café-concierto; de una vez hay que enviarles á Sarah Bernhardt, que es la aguja sublime de la catedral del arte escénico, ó esas grandes flores venenosas del pantano inmenso de París: la *Goulue*, *Grille d'Egout*, etc. Y tampoco les gustarán, á no ser estas dos últimas señoritas, desde el punto de vista gimnástico, en el *grand ecart*; pero las pagarán: váyase lo uno por lo otro.

*

Cierta noche en *The Academy*, feo teatro por fuera y muy lujoso por dentro, en que se representan dramas de espectáculo, cuando no hay ópera italiana, ví una pieza que hacía furor en

Nueva York, la *Sporting duchesse*, desempeñada por regulares artistas. La compañía estaba á la altura exactamente de esas españolas ó italianas de exportación que suelen aportar por México. Ni una sola personalidad, pero sí copias más ó menos felices de los movimientos y ademanes, de los defectos, sobre todo, de los grandes artistas; en suma, reproducciones de cuadros buenos en cromo-litografías: con eso nos contentamos los pobres.

Era este un drama patético en alto grado, de esos de compasión y llanto obligatorios en el segundo acto; de susto inevitable, en el tercero; de coraje irrepresible, en el cuarto, y de nuevo llanto, pero de gusto, en el quinto. Un matrimonio feliz, un infame que quiere ultrajar á la esposa y que no lo logra, pero que destruye la felicidad conyugal; separación, enfermedad del hijo, tribulación y abnegación de la señora, vacilación del señor; un joven *jockey* que demuestra la infamia general del traidor, un borrachín muy buen chico que descubre la trama, la reconciliación al fin, y al través de todo, una encantadora duquesa, reina del mundo del *sport*, que es el ángel bueno de aquellas buenas gentes. ¡Pero qué bueno! Y qué buen público! Yo que comprendía mejor este inglés que el de los conductores del *Elevado*, observé bien al público. Excelente. Yo deliro por los públicos que se dejan conmover. ¡Oh! las señoras detrás de sus abaniquillos ó de sus binoclos, disimulaban; pero en cuanto había un cambio de decoración, y sala y escenario quedaban un minuto en la más densa obscuridad, qué desonaderas y de toses y *girimiquéos* rápidos, y cuántas narices rojas y ojos llorosos cuando la luz implacable de Edisson tornaba á alumbrarnos!

Pero aquella multitud no había venido á llorar, no; había venido á ver *la feria de los caballos* y las carreras en que se veían desaparecer del escenario los caballos con sus jockeys, arrebatados por una carrera vertiginosa que seguía en el segundo plano y continuaba por toda la pista, y los aplausos del gentío y la vuelta del vencedor y las apuestas y todo muy bien arreglado; la ilusión era casi completa. En nuestro tiempo todo lo salva

una buena decoración, lo mismo un melodrama de brocha gorda que una comedia política.

*

Una ciudad civilizada es una especie de jardín ideal de Epicuro en que pueden realizarse todos los placeres y satisfacerse todos los gustos; lo mismo los del alma que los otros, lo mismo los morales que los no morales, y un pueblo civilizado es el que prefiere los primeros á los segundos, ó mejor dicho, que los unifica en la sensación y la emoción estética, en el arte. Este pueblo tiene su modo especial de concebir el arte; hasta ahora es una concepción eminentemente industrial y utilitaria; cifra su vanidad en lo enorme y su ideal en lo comfortable; pero es un pueblo que se está haciendo todavía, todo es aún rudimentario y frustráneo quizás; pero tiene derecho de exigir que se suspendan los juicios definitivos, tiene razón de emplazar la crítica; todo él tiende, con una tensión inmensa, á producir algo definitivo y sorprendente en lo porvenir; pues ese algo ó no será, ó será un arte. Mas dejemos lucubraciones trascendentes y vamos á oír algo digno de ser oído, puesto que de arte se trata.

La afición de estos pueblos de origen germánico á la música que, al través de los sentidos, busca el alma, es clásica; los latinos nos contentamos con una conmoción nerviosa producida por la melodía; lágrimas, risas, cosquilleos voluptuosos, eso nos basta, y toda nuestra música cabe en esos tres órdenes de excitación néurica. Todo cabe en ellos, desde el *stabat* de Palestrina hasta el *giojose comare de Windsor*, e *l'ora-e l'ora d'alzar la risata sonora* del Falstaff de Verdi, esa composición reveladora de la enorme cantidad de juventud que puede almacenar el corazón de un viejo.

La música de los germanos es más *psíquica*, ¿me permiten ustedes el vocablo? Eso proviene de que el germano es, por excelencia, el animal metafísico; nace con unos anteojos que se empeñan en ver *más allá*. Más allá ven visiones, convenido; pero ¿algo hay que no sea visión en este mundo? A ver; que

el que tenga una realidad bien empuñada, se levante y lo diga. ¿Pues qué, la música de los germanos hace pensar? No; hace imaginar, pero proyecta la imaginación como un rayo de luz pálida en dirección del abismo donde se vuelve luz difusa y se confunde con la tiniebla; es decir, hace soñar, se rodea de ensueño, como la naturaleza de misterio. Así es; ó así se me figura á mí que es; pero yo no tengo obligación de decir otra cosa que lo que se me figura y no lo que se le figura á usted, lector amigo, como solía decir ese insigne filósofo que cambiaba su oro por el níquel de los cuentecillos colorados, el doctor Peredo.

He aquí que así razonaba yo para mi coleteo una noche que, arrellanado en una muelle butaca de un espléndido salón de conciertos, un *music hall*, escuchaba, en medio del silencio de un auditorio devoto, una sinfonía de Beethoven, del genio sobrehumano que ha hecho decir su última palabra á la música instrumental, según Wagner. Oyendo una sonata de este señor, puede decirse que se oye la música pura, la música al fin de su evolución, comenzada en la palabra rítmica, salmodiada, cantada: tronco del que brotó por un lado la poesía y por el otro lado la música, como de la pictografía primitiva surgió por un lado la escritura fonética hasta el alfabeto actual, y por el otro la pintura hasta Rembrandt, ese océano de sombra y de luz en que navega todo el moderno arte pictórico.

Y como hace soñar esta música, tiene un fondo religioso: ¿no es, en suma, el sentimiento religioso una interrogación del alma al eterno misterio que nos rodea?

Los anglo-sajones son el único pueblo germánico que no ha producido un gran músico, á pesar de las deliciosas operetas de Sullivan. Pero su afición á la música es inmensa y su don de transformar en religioso cualquier canto, es sorprendente. Algunas pruebas curiosas tuve de ello en Nueva York y Chicago; esto es propio del alma de esta raza; puede decirse que así como no hay salón de lujo aquí que no tenga un vago aire de gabinete dental, hasta los gabinetes dentales tienen cierto aspecto de oratorio.

La música de Beethoven no es siempre religiosa, pero siempre produce esa emoción que se llama religiosa; sus sinfonías son alas, el alma vuela con ellas. Aquí y en todas las ciudades hay grupos considerables de fieles á su culto. También Wagner tiene sus fieles; pero éste va llegando al período sereno; en el fondo del ánfora de cristal del arte se va depositando el oro de sus creaciones. ¡Ay! por qué en México no le conocemos todavía? Toda una faz y la más expresiva del arte moderno, nos es ignorada así; el Gobierno debía considerarse obligado á iniciar á los grupos sociales en ciertas manifestaciones superiores de la cultura humana. En el *music hall* se oyen grandes fragmentos de Wagner, ejecutados por músicos, alemanes en su mayor parte, y cantados por muy buenos solistas y por coros muy bien educados. Cuando en el programa se resume, no solo el episodio de la ópera que se va á ejecutar, sino se da idea de la decoración que debe acompañarlo, es muy fácil notar el poder con que este hombre singular hace ver con la música el cuadro en que el drama se desenvuelve. De la audición á la visión interna, la transición es indefectible. Wagner que es un poeta, que pretende revivir el drama lírico y sintetizar en él todo el arte, traduce y concreta con fuerza singular, en notas, toda la realidad objetiva: un incendio, una erupción volcánica, un océano en conmoción, todo eso se oye y se ve en su obra; pero agrandado hasta lo fantástico, sin ser por ello *irreal*.

Schumann (oí en el *music hall* una romanza suya: *Traumer-oi*, de un inexpressable encanto) también tiene aquí devotos; ¿y en dónde no? y más que él, su discípulo Brahms, igual quizás al maestro. Con todo esto se regalaban los buenos *yankees* neoyorquinos, los domingos por la noche; regalos de rey. ¡Y nosotros que los tenemos por zafios en achaques de arte! Somos unos tontos.

*

Acabemos nuestra jornada teatral.

En un lindo teatrillo de la *Quinta Avenida*, si mis recuerdos no me son infieles, ví una opereta alemana de Humperdink:

Hentzel y Gretel. Es primorosa, llena de episodios fantásticos, de selvas pobladas de silfos y duendes, admirablemente decorada con cascatedas y arroyos y vericuetos sombríos, en que se pierden los protagonistas, que son dos chicuelos (una tiple y un contralto de frescas y argentinas voces); decorada de telones de cielos nocturnos, de cuyo infinito y profundo azul desciende la escala de oro de los ángeles que, vestidos de luz blanca, cuidan el sueño de los niños y acompañada de coros diabólicos, de aquellas espeluznantes, de brujas, etc.—No sé por qué en México no se ha explotado esta obrilla; tiene algunos números que harían furor, á pesar de nuestra sistemática educación zarzuelera.

Lo que quiere decir que aquí no sólo hay teatros—circos, sino que los hay de todos los géneros y que puede uno divertirse á su guisa. En algunos de estos espectáculos, encuentran los actores ó los empresarios el modo de deslizar sátiras casi aristofanescas contra algún grupo social; p. e., oí á un mal cantante, pero expresivo actor, repetir hasta el fastidio, en medio de los aplausos delirantes del público, una canción, popularísima en aquel año en toda la Unión, que terminaba con una sangrienta caricatura de los ricos advenedizos de Chicago. En otro teatro ví terminar una serie de cuadros plásticos admirablemente compuestos é iluminados, con uno que se llamaba: «Exportación de oro;» ahí se veía el momento en que subían al buque que los debía conducir á Europa, al conde de Castellane y á su esposa la hija del archimillonario Jay Gould. Este cuadro también era repetido y aplaudido.

Para conocer la afición de las americanas al lujo ostentoso, no hay más que verlas en sus palcos en alguno de los teatros aristocráticos. En una nebulosa de encajes y de gasas, aparecen como verdaderas constelaciones de gemas fulgurantes; se nota en la mujer una tendencia á desaparecer detrás del diamante. ¡Qué diademas, qué nimbos, qué petos, qué collares! En suma, aquí el hombre es el esclavo de la mujer, y la mujer lo es de la joya; aquí el becerro de oro es femenino, es una ternera, como diría el Antón Antúnez de Fígaro.

*

Salir del teatro á media noche, abrirse paso entre la turba de *papeleros*, asaltar un coche del funicular, hacer alto ante un limpísimo restaurant de la sociedad de temperancia, en que se come muy bien una suculenta y pecaminosa ensalada de langosta y se bebe te ó leche en lugar de vino; entrar ahí, cenar y después emprenderla á pié para llegar á casa á las dos de la mañana, es un programa que aconsejo á las personas de buena conciencia. Una noche que lo ejecutábamos al pié de la letra, y andábamos de prisa envueltos en una neblina glacial, precursora de los grandes fríos del invierno, al atravesar de un vértice á otro de los ángulos que forman al cortarse Broadway y la 7ª Avenida, acerté á oír cerca de mí un ruido infernal, un campaneó formidable en *crescendo* fantástico, y vacilé y me detuve azorado. Un hombre me empujó hacia atrás, y en ese segundo de estupor, ví entre la niebla esfumarse un sombra indecisa y enorme, negra con un ojo de luz rojo, como el de Polífemo; me parecía la catedral de San Patricio, que corría sobre mí, con su campanario á cuestas. Instantáneamente la visión apocalíptica pasó del estado de sombra al de realidad; era un carro de bomberos tirado por ocho caballos, que corría como huracán. ¡Ay! del que no oía la campana, pasaba en un santiamén al papel de individuo sacrificado á la especie; esa iba á ser mi suerte. ¿Pero no es esa la suerte de todos?